

VII

¡Por qué, buenos dioses, por qué, en efecto, como no sea por haber quebrantado el ayuno y ese saludable tedio, más necio quizá que culpablemente lanzado a todos los vientos de la franchela y la orgía! Y todo ello, ¿para parar en qué? ¡Ni siquiera ya en el entusiasmo de las otras veces —había ya un “otras veces” en mi presente caso—, ni siquiera a las ganas de volver a las andadas, que todo borracho o todo mujeriego siente en el fondo, sino a la pituita desmoralizada y al asco sin remedio *ad vomitum!*

Y entonces, sin transición, sin pararme a pensar en lo que iba a hacer, escribíle a Sivry una carta poco ajustada, sin duda alguna, a las reglas, poco conforme a ese protocolo de orden privado que la civilización impone, pidiéndole sin más ni más... la mano de su hermana.

Después de escrita la carta, vestíme a toda prisa y me dirigí presuroso al correo. Demasiado pronto. Aun no habían abierto la estafeta. Recordé que guardaba sellos de correo en mi portamonedas, y con mano febril, pero resuelta en suma, eché la carta al buzón. Después de lo cual volvíme a casa más aprisa todavía de como fuera al correo. Cual si huyese de un arrepentimiento, con el andar precipitado, arrepentimiento que no me alcanzó, y con el corazón ligero y palpitante de una grata fiebre, volví a meterme en la cama, donde me quedé dormido hasta que fueron a despertarme al mediodía para comer.

Pasaron dos, tres días, mortales, eternos, al cabo de los cuales recibí carta de Sibry, diciéndome que, lo mismo que yo, también había metido los pies en el plato, que estimulado por lo imprevisto y los términos tan francos de mi misiva, habíasela comunicado, primero, a su hermana, y luego, a su madre, la cual había creído deber suyo ponerla inmediatamente en conocimiento del señor M. . . ., su segundo marido. Quizás hable, en su tiempo y lugar, de esos personajes tan distintos en todo y que tanto han influido en mi vida. . . . La dichosa carta añadía que había motivo para abrigar esperanzas y me instaba a estarme todavía algún tiempo en el campo, adonde él iría a recogerme si yo era

gustoso, dentro de unos días. Ambos volveríamos juntos a París, donde examinaríamos el asunto más de cerca y haríamos cuanto fuera menester.

Mi idilio era divino y comenzaba a cautivarme. Y en aquel punto y hora concebí el plan, si es que esta palabra no les parece hartamente ambiciosa para una obra tan pequeña, de esa *Buena canción* que se encuentra en el bagaje hartamente voluminoso de mis versos, que yo preferiría como sincera por excelencia y por tan amable, dulce y puramente como está pensada y por lo sencillamente que fué escrita:

El sol de la mañana dulcemente caldea y dora
Los centenos y trigos, húmedos todavía
Y el azul aun retiene el frescor de la noche...

Así empezaba aquel exiguo volumen que había de publicarse un año después, precisamente en el momento de la guerra y del que Víctor Hugo me decía a su vuelta a Francia: "Es una flor en una granada de fuego". No sé si será verdad; pero lo cierto es que, desde su origen he sentido predilección por esa pobre colección de versos donde se revela todo un corazón purificado.

Cumplió Sibry su promesa, y yo tuve el placer de recibirlo en la estacioncita distante un kiló-

metro apenas de Fampoux. Traíame buenas noticias ¡ay! empañadas por el anuncio de un viaje inminente para pasar una temporada de unos dos meses aun en Normandía con toda su familia, los señores de M..., su hija mayor, aquella de que hablamos aquí, y otra hija, que tenía diez años. Pero insistía en que madre e hija habían dispensado muy buena acogida a mi demanda. Cuanto al padre, tenía poca importancia en la familia, por más que molestase lo indecible, el pobre hombre que ya murió y cuya alma importuna tenga Dios en su santa gloria... Pasamos Sivry y yo una agradable semana bajo el modesto techo avuncular. El domingo primero siguiente, tocó Sivry el armonio en la misa mayor y asombró mucho y hasta escandalizó un poquito los rústicos oídos de los fieles con unos ofertorios y unas marchas de salida, sacadas de las óperas de Wagner. Mas nada hay que dure en este mundo. Sivry tenía que volverse a París y a mí me llamaba mi oficina; así, que nos fuimos mi madre y yo a ese eterno París.

Mi madre, que había dado su consentimiento a mi proyecto, aunque haciendo alguna reserva sobre lo súbito de una resolución tan importante, alegrábase en el fondo de ver que, como ella decía, iba por fin a sentar la cabeza. Porque ya no bebía yo, por lo menos hasta em-

C O N F E S I O N E S

borracharme. Y hasta solía ocurrirme, cada vez con más frecuencia, quedarme en casa jugando a las cartas, que yo sabía la distraían; otras veces acompañábala a visitas burguesas, donde yo no brillaba lo más mínimo por el lustre de una conversación que, aparte todo, me temo hubiera gustado muy poco en aquellas reuniones lindamente anticuadas, aunque no demasiado arcaicas, para hacer buen papel. Una taza de té y unas pastas completaban aquellas fiestas, y a eso de las doce, lo más tarde, ya estábamos de vuelta en aquella calle de Lecluce, en aquel Batignolles donde vivíamos, nada menos que desde nuestra llegada a París, desde 1851.

Resultaba aquello encantador, y el tiempo transcurría muy lento, sin embargo. Cierto que yo trabajaba diariamente en mi libro, haciendo poemitas que Sivry hacía llegar a manos de su hermana... ¡Aquello era la ausencia!